

# BOLETIN

DE LA

## Sociedad Protectora de los Animales y las Plantas.

### SUMARIO.

*Los hombres y las plantas*, por E. THUILLIER.—*Discussion con El Siglo Futuro sobre las Sociedades protectoras de animales.*—*Adjudicacion del premio de la SRA. VIUDA DE DANIEL DOLLFUS en el concurso contra las Corridas de Toros.*—1.º y 2.º pliego de la MEMORIA del Sr. D. Fernando de Anton, premiada con un ACCESIT.

### LOS HOMBRES Y LAS PLANTAS.

Nada como los hechos, con su elocuencia terrible, con su verdad manifiesta; nada como los hechos, hay capaz de llevar el convencimiento y la fé al ánimo de aquel que duda, que no cree, que no admite lo que es indudable, de fácil, de sencillo reconocimiento.

Y la lluvia, que con intervalos tan largos fecundiza nuestras campiñas, nos dice claramente que hay una causa segura y existente que ha arrancado de nuestros campos, de nuestras montañas aquella fertilidad que poseyeron en tiempos muy lejanos, entonces cuando la hermosa Bética era poco menos que el paraíso de la tierra.

¿Cuál será esta causa?

Tal vez puedan las plantas dar razon de ella; tal vez, por si es así, merezcan, deban ser estudiadas: las plantas, que adornan nuestros campos, que alegran nuestra vista, que nos dan las flores, obras magnificas de belleza suma, que recrean nuestros ojos y llevan el gozo á nuestro espíritu, merecen desde luego un estudio profundo y meditado.

Las plantas todas, desde el sencillo, el rudimentario líquen, que crece entre las nieves de los polos, hasta el árbol grandioso que parece ser aquí en la tierra templo sagrado do aparece la grandeza de la vida manifiesta, las plantas todas son dignas de que el hombre fije en ellas su mirada y pueda agradecerles el bien inmenso que de ellas ha recibido y recibe en cantidad tan grande.

Nadie que camina distraído y huella la tierna hierbecilla, cree y comprende fácilmente que pisa, despiadado, el ser imperceptible que

Enero.—1876.



tal vez produjera pequeña porción de oxígeno que aspirara con ansia en sus pulmones, viniendo así á reconstituir su sangre: nadie debe apreciar debidamente que el ácido carbónico que nuestra respiración despidе al aire, llena de verdura nuestros campos, fortalece y da vida á nuestros árboles.

Y es así, y el hecho es tal cual consignado queda; sin que quiera apreciarse fácilmente cuan grande es y cuan claro aparece el constante equilibrio que la vida sostiene y alimenta en los seres que aparecen innúmeros por doquiera donde el hombre dirige su mirada severa y penetrante.

Hablar de la vida que en relación completa con el hombre se halla, hablar de las plantas tan fácilmente nacidas cuando ya separadas de la tierra do su gérmen pudiera desenvolverse y producirse; hablar de los árboles tan sin piedad arrancados del suelo del planeta, parece cosa como de escasa, de inapreciable importancia.

Y los árboles poblaron en tiempos remotos, en momentos alejados del presente, los montes de la tierra, las llanuras, los campos do luego no quedó sino silencio y muerte; y desaparecieron, si, de existir dejaron por voluntad del hombre; mas su venganza fué tan silenciosa como terrible: lleváronse, al desaparecer en las hogueras, la riqueza del suelo do estuvieron; solo en él dejando desolación y muerte, como si fueran árbitros de dirigir á su antojo fertilidad y vida, riqueza y alegría, como si hubieran tenido suficiente poder para arrojar su espantoso anatema sobre la frente del hombre, del desgraciado habitante de aquellos parajes antes fértiles y abundantes en frutos, en cosechas; luego pobres, estériles, sin flores aun que mitigar pudieran la tristeza profunda que sintiera la víctima ante su obra, por desgracia consumada para siempre.

¡El árbol!

¿Quién le cree agente eficaz de salud, de vida, de ventura?

Y lo es, y es prenda segura de lozanía y riqueza; mas es prenda ignorada; que el hombre hoy arranca su bienestar, su bien y su belleza, al separar el tronco de la tierra, al extraer del suelo las raíces donde encontrarse pudieran los medios de alimento, de existencia y desarrollo, á la vez que del aire el árbol tomara por sus hojas lo que también para vivir le fuera necesario.

Solidarios los seres, en estrecha cadena aquí ligados, viven los unos de aquello que es á los otros innecesario, de lo que estos producen en prodigiosa abundancia: los árboles mas que las plantas todas, porque su desarrollo es grande y su influencia por ello mas importante, juegan en la grandiosa escena do aparece la vida y se realiza la muerte, el gran papel que no todos admiten ni comprenden.

Por las plantas el hombre absorbe en los estensos campos del planeta la albúmina de su sangre, el fosfato de cal que en sus huesos



existe y que les da consistencia y dureza; por ellas podemos todos aspirar de la atmósfera el oxígeno que purifica nuestra sangre; á ellas damos verdor y vida, dándoles el ácido carbónico que despiden al espirar nuestros pulmones.

Y aun con tanta importancia, con relacion tan grande, desaparecen los árboles á millares, como si solo destino tuvieran, y solo servicio al ser humano prestar pudieran luego de arrancados del suelo donde llegaran á ser de raquítica planta, gigantesco cedro ó resistente encina.

¡Pobres árboles tan sin piedad tratados!

Ellos modifican los vientos que hacen mas húmedos y menos fuertes; ellos regularizan la temperatura y determinan que las nubes se resuelvan en lluvia que fecundice los campos, dando aliento y esperanza al labrador honrado; ellos, en fin, sostienen los terrenos y evitan su pronta descomposicion, al ser el *humus* arrastrado por las lluvias con rapidez notable en las grandes pendientes del terreno.

¡Y aun se quiere mas, y aun se desconoce y se niega la alta, la notable influencia que en la vida ejercen los árboles, los bosques, las plantas todas que presentan verdura y lozanía!

Hace luengos años, en aquellos momentos de la vida del planeta, en que las plantas dominaban y absorbían en cantidad inmensa el carbono de que se encontraba cargada nuestra atmósfera, los árboles que se desarrollaban no cargados de agua como al presente, sino formados por el carbono que fijaban del ácido carbónico del aire, formaron depósitos grandiosos, que hoy dan vida á las máquinas, que hacen posible el prodigioso vuelo de la industria humana: la hulla, que ha dado su nombre al periodo geológico en que encontró su principio y existencia, la hulla la debe el hombre á esos árboles que hoy ataca sin considerar siquiera el mal que realiza, que cae seguramente sobre su cabeza.

Aun en esto, aun despues de tantos siglos como han transcurrido para que, despues de aquellos momentos, haya llegado el presente, la humanidad recoje el fruto precioso que las plantas todas encerrarán para ella, en las mismas capas de la tierra, como si fuera esta, á ningun otro comparable, el grandioso vaso que contenía debia, en el misterio de los siglos y en la ignorancia de los hombres encerrado, el don riquísimo que debia aparecer algun dia, cuando el prodigioso desarrollo del espíritu humano hiciera posible en nuestros tiempos los grandiosos resultados que presenta la industria, realizados por la mano del hombre, por el trabajo constante llevados á cabo.

¿Por qué, pues, los árboles, las plantas todas, fuente de vida y de riqueza tanta, han de ser despreciados en nuestros dias por la ignorancia de los pueblos?

¿Por qué los estensos campos, las áridas pendientes de nuestras



montañas no se ven todas, sin escepcion alguna, pobladas de bosques frondosos que produjeran beneficios inmensos, abundantes principios de riqueza?

Da pena al alma y sentimiento grande, ver como el pequeño arbolillo es arrancado cual si inútil fuera y de nada sirviera su existencia: da tristeza profunda considerar y ver como solo cual pasajero adorno son aquí considerados los árboles que existen en tan escaso número, que debieran lindar nuestros caminos para dar sombra al fatigado viajero, que debieran ser sembrados por doquiera, en plazas y jardines, en campos y en ciudades para que purificaran la atmósfera de nuestros pueblos, cargada de emanaciones perjudiciales á la vida, pobre, en cambio del oxígeno que no pueden darle los bosques que existieron y no han vuelto á aparecer sobre el mismo suelo donde pudieron antes estenderse libremente las raíces del pino ó de la encina, del olivo ó naranjo, de los árboles todos, en importancia iguales, en influencia no distintos, equivalentes en valor y en los beneficios que debían producir y produjeron.

¿Por qué, por qué ha de hacerse terrible, cruda guerra á los árboles?

¿Por qué, por qué no han de ser respetados y en número infinito reproducidos por doquiera?

El hombre es enemigo del árbol, que es un amigo, un bienhechor constante: la guerra que la humanidad hace á los bosques de la tierra, cae sobre ella con aumento notable, con espantoso aumento.

He aquí, pues, que las plantas, los árboles en particular, pudieran claramente decirnos por qué las lluvias riegan con tan escasa abundancia nuestros campos, ellos que han desaparecido en número inmenso, incomprensible, ellos que se llevaron las nubes que ya no arrojan sobre nuestras tierras las aguas fecundantes, bautismo santo que produce riqueza y bienestar, que produce la vida y la alegría.

Ellos, sí, ellos nos dirían que hace miles de años poblaron en número infinito nuestros campos: ellos podrían indicarnos cuan distantes estamos hoy, por gran desgracia, de aquellos ricos, abundantísimos tesoros que arrojaba de su seno cada año la fértil tierra de nuestra famosa Bética.

¡Proteccion á las plantas! ¡Paz á los árboles!

Sea esta la enseña, que guíe la accion del hombre bienhechor; cese la cruda, la guerra interminable que se ha declarado á las plantas, desde la débil mata al resistente, al poderoso árbol; admita el hombre que la vida en estrecha y constante relacion con él se encuentre, y no quiera usar del derecho de muerte y esterminio á sí mismo aplicado ciegamente.

Todas las plantas, desde el musgo sencillo por algunos tal vez como no vegetal considerado, todas ejercen poderosa, importante influen-



cia: tengan, pues, la proteccion que merecen, el respeto á que son acreedoras por sus grandes, por sus inmensos beneficios, y deje el hombre de cegar la mas importante fuente de riqueza, quitando á nuestro suelo los pocos árboles que aun en él aparecen.

Véanse nuestras montañas de nuevo cubiertas de bosques por do quiera, y la variacion vendrá luego, y todo cambiará.

La *Sociedad protectora* de Cádiz se llama protectora de las plantas: uno de sus títulos de gloria debe ser haber reconocido que no solo los animales requieren entre nosotros la proteccion y ayuda que á ellos debe concederse; que tambien los vegetales, los árboles en especial, piden se les conceda en esta nuestra patria tan amada, tan digna de ventura y riqueza.

E. THUILLIER.

Socio correspondiente.

---

Con motivo del programa remitido por nuestra SOCIEDAD á la prensa española, *El Siglo Futuro*, periódico de Madrid, en su número 104 correspondiente al Sábado 7 de Agosto de 1875, tuvo á bien publicar el siguiente artículo:

#### LAS SOCIEDADES PROTECTORAS DE ANIMALES.

---

Hemos recibido un programa que nos ha remitido la *Sociedad protectora de los animales y las plantas* de Cádiz, para el concurso al premio de 500 francos ofrecido por la señora viuda de Daniel Dollfus á quien presente la mejor Memoria contra las corridas de toros.

Juzgamos inútil cuanto se escriba sobre el asunto, mientras se favorezcan estas funciones construyendo magníficas plazas de toros como en Madrid se ha hecho, al mismo tiempo que no hay dinero para construir, por ejemplo, la cárcel que tanta falta hace.

No sabemos si al proscribir el bárbaro espectáculo de divertir al pueblo con sangrienta lucha entre un hombre y una fiera, la Sociedad citada lo hace por defender la vida de los toros y caballos ó la del diestro, constantemente amenazada, que asesta sus estocadas entre las temibles defensas de la fiera; pero creemos que la Sociedad, que tiene por único objeto proteger á los animales y á las plantas, no ha de contar á los toreros ni entre los primeros, ni entre las segundas.

Por esta razon, aun cuando nosotros anatematicemos un espectáculo algo semejante á los que pasaban entre los paganos en los anfiteatros, y brutal como aquellos, toda vez que á la vista de todo un pueblo se espone la vida de criaturas humanas, con pleno gusto de todo el que impávido y hasta entusiasmado presencia el triste festejo, no sentimos entusiasmo por la *Sociedad protectora de los animales*, porque es precisamente atacar el mal por su parte más frívola.



Ciertamente es sensible el daño que se hace á los animales, y como obras de Dios debemos procurar su conservacion siempre que nos sean útiles, ó no nos hagan daño; pero de esto á ocuparnos de ellos olvidándonos al parecer de los hombres, hay mucha distancia.

No creemos sea bien establecer asociaciones para buscar al animal que tiene hambre á fin de alimentarlo, y al que tiene frio para abrigarlo, mientras haya un sólo hombre que se muera de hambre, mientras exista uno solo que tire de frio.

Cuando se haya socorrido al pobre que desfallece; cuando se haya concluido con la miseria que siempre se vé por las calles y plazas, entonces pudiera ser tiempo de acudir con esa solicitud á socorrer á las bestias.

Esta última idea nos conduce á una pequeña digresion acerca de la costumbre introducida en muchas capitales de Europa de prohibirse la mendicidad; prohibicion que se ha hecho moda enseguida tambien entre nosotros. Varias veces nos hemos preguntado á nosotros mismos los motivos de esta determinacion, y no hemos podido adivinarlos. No comprendemos semejante medida, en estos tiempos en que tanto se decantan los derechos y la libertad de la persona humana.

Pero sigamos con las sociedades protectoras del zalamero gato, de la feroz pantera, del suculto pavo y el sabroso marisco: y para ello bueno sera trasladarnos al punto donde estas sociedades, con su creciente propaganda, se nos muestran en todo su apogeo; á la populosa Lóndres, donde, dicho sea de paso, hemos de estar más frescos que en Madrid en la temporada presente.

Supongamos que pasado el Canal de la Mancha, y pisado el suelo británico, estamos á las puertas de la gran ciudad; entremos, pues. Aun no hemos pasado mas que una pequeña calle, y hé aquí que vemos á lo lejos un grupo de gente que impide el paso de numerosos carruajes que se cruzan en todas direcciones. Como somos muy curiosos, aligeramos el paso, y llegamos al grupo, aunque en vano, pues á pesar de todos nuestros esfuerzos, no entendemos lo que allí pasa: la gente se disputa el sitio para escuchar á un orador que da grandes voces; y como no entendemos el inglés, nos quedamos en ayunas.

Se nos figura oir á algún orador de algun club, ó algun Pastor evangélico, y aun nos ocurre si será algun sacamuelas de los que con tanta frecuencia visitan nuestras calles. En esto llega nuestro intérprete, que se habia quedado atrás, el cual nos asegura que el que habla está ponderando la desgracia ocurrida á una pobrecita bestia que yace moribunda en el suelo por haber sido atropellada por un coche, y clamando contra la precipitacion de los carruajes por las calles, que dan lugar á escenas como aquella. A todo esto, no se le ocurría al elocuente inglés hablar de los atropellos que podian ocurrir contra las personas, y si sólo de los que sufrían los animales. En este momento



se acababa el discurso con la siguiente exclamación: «¡Pobre animal, no le queda el recurso de acudir á los tribunales!» Dicho esto, abandonó á aquel sér para él tan querido, al cual daría honrosa sepultura la policía, continuando la gente su camino.

Indudablemente aquel sujeto era algun individuo ó socio de mérito de la *Sociedad protectora de animales*.

Mientras se repiten tales escenas, mientras hay señoras que corren desaforadas á dar cuenta á la policía de que un chico ha tirado fuertemente del rabo de un perro, pidiendo que se le aplique el rigor de las leyes protectoras de los animales, la estadística nos presenta buen número de personas que se mueren en la rica ciudad, por no tener alimento que llevar á la boca.

Volvemos á decir que no pretendemos que se abandone á los animales, pero tampoco podemos aplaudir la conducta de muchas personas, como alguna que conoce el autor de estas líneas, que mantiene quince gatos y siete perros teniendo escasa fortuna, los cuales no la dejan descansar por los disgustos que les proporcionan sus favorecidos. Esa persona celebrará sin duda alborozada la existencia de las sociedades que en Inglaterra se tienen por filantrópicas, mas cuya benevolencia no llega á sus hermanos.

Puesto que el amor de esos señores es tan grande para los brutos, creemos que si no lo han hecho ya, muy pronto llegará el día en que alimenten á los leones del desierto y hasta á los repugnantes ratones que horadan nuestras casas; cuando llegue el caso de sostener á los segundos, convendría saberlo de antemano, para no tomar casa cerca de ningun asociado.

Nosotros aplaudiríamos á esas sociedades, si su objeto fuera conservar la pureza de las razas útiles, y procurar, dentro de límites prudentes, que no sean maltratados los animales; pero no si tienden á hacer de cada animal un sibarita, dejando á un lado la hermosa caridad cristiana, que ama á los hombres por amor de Dios.

La contestación á este escrito, redactada por el Sr. Rivas, Secretario del Interior, y que ya conocen nuestros socios por haberse insertado en el número 3 de nuestro BOLETIN correspondiente á Setiembre del año anterior, mereció el siguiente encabezamiento y la refutación puesta al pié, publicado todo ello en *El Siglo Futuro*, número 135, correspondiente al Mártes 14 de Setiembre de 1875:

#### LAS SOCIEDADES PROTECTORAS DE ANIMALES.

En prueba de la imparcialidad con que buscamos siempre y deseamos sea de todos buscada la verdad, insertaremos aquí el artículo que hace tiempo se sirvió remitirnos un distinguido miembro de esa so-



ciudad, contestando al que dedicó *El Siglo Futuro* á dar cuenta de ella á sus lectores. El trabajo remitido, que ahora publicamos, hubiera salido ántes á luz en nuestro diario, á haber llegado á nuestras manos oportunamente; pero no llegó á ellas, y su autor ha tenido que reproducirlo al intento, lo cual esplica suficientemente la considerable extension del intervalo que ha mediado entre el artículo de *El Siglo Futuro* y la contestacion que ahora se inserta.

Ante todo, debemos decir para más entera satisfaccion del autor del remitido que insertamos, que no fué nuestro ánimo hacer uso de sátira alguna que pueda zaherir los sentimientos y buenos propósitos de los miembros de la mencionada asociacion, y que cualquiera palabra que sonase á esto, si por ventura la hubiese, queremos se tenga por no dicha. Pero hecha esta salvedad, queremos, y debemos, á fuer de publicistas y amantes de la sabiduría, por no decir *filósofos*, enunciar nuestro juicio sobre algunos de los puntos que comprende el artículo que más abajo verán nuestros lectores. Ante todo vea el lector el documento á que nos referimos:

Aquí el artículo del Sr. Rivas (página 40 de este tomo) y luego continua el impugnador.

No estamos ni podemos estar conformes con aquello de que «la sociedad no pide para el animal mas que *el respeto á que tienen derecho* los seres que cumplen sobre la tierra las leyes que les impuso el Creador.» Nosotros entendemos que el respeto, absolutamente hablando, implica la idea de una excelencia moral que solo puede pertenecer y referirse á seres personales; respetamos al hombre, cuya naturaleza, imágen y semejanza de Dios, debe infundirnos altísima estima y consideracion; respetamos la virtud, el derecho, la autoridad; respetamos al padre, al anciano, al sacerdote, y sobre todo, respetamos á Dios: el respeto se eleva siempre á medida de la excelencia y dignidad del ser á quien se dirige: y cuando este ser es infinito, se transforma en adoracion. Mas tratándose de seres impersonales, inferiores por consiguiente al hombre, el respeto se detiene como quien se considera humillado siguiendo con el afecto la línea descendente cuyos grados mas ó menos ínfimos ocupan los objetos en donde no brilla la dignidad de la persona, incapaces de inteligencia y de amor, desde el animal mas perfecto hasta el último grano de polvo. El mismo lenguaje comun se resiste á expresar semejante respeto: serian chocantes las expresiones «respetar al caballo, al perro, al rinoceronte, á los insectos, respetar al álamo blanco ni al negro, respetar al fuego ni al aire, ni á ninguno de los cuatro elementos y de las partes y seres contenidos en ellos.» Todos, á la verdad, cumplen las leyes que les impuso el Criador; pero las cumplen sin conocimiento ni libertad, movidos de impulsos ciegos y necesarios, ejecutando una



obra grandiosa, sí, mas para la cual solo sirven únicamente de instrumentos, en quienes no puede mirarse la razon de mérito ni responsabilidad, ni ninguno de los caracteres por donde son dignos de nuestra estima y respeto los seres inteligentes y libres.

Si pues á los animales y demas criaturas inferiores no les es debido respeto ni miramiento alguno moral, por mas que cumplan las leyes recibidas del Criador, es evidente la impropiedad é inexactitud con que el distinguido miembro de la Sociedad establecida en Cádiz, nos habla del *derecho* de tales seres á ser respetados. El derecho supone la obligacion correlativa; y pues el hombre no está ligado con tales criaturas con vínculo ninguno obligatorio, síguese asimismo que estas carecen de toda razon de derecho. Este es un don otorgado por Dios á los seres que tienen un verdadero fin, es decir, un fin tal, que constituye su bien último y definitivo, á cuya dichosa posesion son llamados como quienes han de gozarlo con sus propias potencias, con su inteligencia y su corazon. En el animal no hay nada de esto: carecen de fin propiamente dicho; el bien que tienen, ni es permanente, ni es tampoco para ellos; sus fuerzas, sus obras, su misma sustancia es para el hombre, señor de su vida y árbitro de su destino. Para mí son las excelentes dotes del caballo, las fuerzas del buey, la miel de la aveja, el canto de los pájaros, la leche y el vellon de la oveja, los huevos de la gallina; y en general, del hombre es y bajo su dominio está toda criatura irracional que nada en la mar, ó vuela por los aires ó se mueve sobre la tierra. Yo tengo derecho de usar y aun de abusar de todas estas cosas, si por ventura las he adquirido legítimamente, sin inferir á nadie la mas leve injuria. La injuria es la violacion de algun derecho; y es evidente, que careciendo los animales de todo derecho, aunque se les mate ó se les prive de cualquier bien que tengan ó puedan tener, es imposible hacerles injuria.

Estas verdades fueron conocidas hasta de los mismos gentiles. *Solusque (homo)*, decia Platon, *jus ac Deos animadvertit*; y Aristóteles, todavía mas esplicitamente, declaraba que *jus esse non potest, inter quos neque lex est, neque justitia, neque injustitia*. Entre los jurisconsultos romanos era cosa sabida, que en los animales no se da derecho alguno: de donde inferian que tampoco pueden ellos violar el derecho de nadie. Al daño causado por algun animal, no lo llamaban *injuria* sino *pauperies*. Si despues venimos á los moralistas y juristas cristianos, todos á una voz nos repiten la misma verdad; pudiéramos traer á este propósito notables testimonios que la confirman, si lo consintieran los límites del presente artículo. ¿Qué mas? El autor mismo del que insertamos ha venido á reconocer la teoría que hemos expuesto, diciendo que «si directamente recae el beneficio producido por la obra protectora sobre los animales... el verdadero beneficio moral y aun material es para nuestros semejantes.» Muy bien dicho;



pero de estas palabras resulta que el bien ó el mal que hagamos á los animales se refieren propiamente al hombre, ó lo que es lo mismo, que el animal no es ni puede ser sujeto de derechos ni término de obligaciones, y que el *derecho* que se le atribuye á ser *respetado* no dice bien con la doctrina que lo considera como simple medio é instrumento de nuestra utilidad, el cual no tiene mas *derecho* á mi respeto que el cuchillo con que el matador le dá la muerte, á no ser desprendido del mango que lo sujeta.

¿Quiere decir esto, por ventura, que aprobemos nosotros los malos tratamientos que sufren los animales de aquellos de quienes Martinez de la Rosa decia;

«Quien maltrata á un animal  
no muestra buen natural.»

Nada menos que eso. Por sentimiento y por razones graves, nos repugna todo acto de crueldad capaz de producir en los animales el mas leve sufrimiento innecesario, y hasta se nos resistiria ver morir en nuestras manos el ave inocente que acaso se sirve en nuestra humilde mesa. Mas, ¿por respeto al animal, por reputarnos obligados para con él, por atribuirle imaginarios derechos? No, ciertamente; sino porque la crueldad es un sentimiento que desdice de la mansedumbre y dulzura á que debemos aspirar, y porque seguramente no es del agrado de Dios que usemos del dominio que ha puesto en nuestras manos sobre el resto de la creacion visible, sin algun fin racional que forme parte del plan eterno de su sabiduría y de su bondad. De donde inferimos, que allí donde reinen los sentimientos morales, ilustrados y vivificados por la Etica cristiana, los hombres no se encrudelecerán con ni como los brutos, sino serán suaves y blandos con ellos, no tan solo por razones de propio interés, sino por benignidad y dulzura de corazon, y por respeto á los designios de la Providencia; y, por el contrario, que cuando las costumbres desfallecen y se relajan por efecto de la disminucion de la fé, fuente de verdad y de vida, como acontece en nuestros dias, los pobrecitos animales tienen que sufrir los malos humores en que se manifiesta el espíritu moderno; aunque tambien á veces, ¡cosa estraña! suelen ser objeto de los carinosos cuidados con que los regala, cual si fueran humanos, la sensibilidad egoísta de almas que solo se sienten á sí mismas en lo que tienen de menos noble.

Examinemos ahora á la luz de la razon los medios de que intenta valerse, para alcanzar su fin, la Sociedad protectora de los animales. Estos medios son tres: «1.º, procurar que se dicten leyes que castiguen la crueldad; 2.º, premiar los buenos tratamientos á los animales; y 3.º, estimular á los señores profesores de instruccion primaria, y aun á los señores catedráticos de segunda enseñanza, á fin de que inculquen en el corazon de la juventud que asiste á sus aulas el *respeto debido* á los seres naturales.»



Cuanto al primero de estos tres medios, observemos simplemente que las leyes penales se ordenan á la conservacion del órden social contra los que son osados á perturbarlo; y, por consiguiente que no proceden contra los autores de acciones que no turban este órden, aunque por otra parte sean culpables á los ojos de la moral. La ley civil no castiga el pecado, sino el delito; y siendo esto así, no creemos que sus sanciones deban alcanzar al acto de golpear ni aun de matar alguna bestia, porque semejante accion, lo decimos sin titubear, no es en sí misma delito. El delito es violacion de algun derecho; pero los animales, y las plantas con mayoria de razon, si esto fuera posible, no tienen derecho ninguno, ni siquiera á vivir!

*Premios á los buenos tratamientos á los animales.* Enhorabuena; la Sociedad protectora puede decretarlos libremente, sin tropezar en dificultad alguna. Pero, ¿cual será su eficacia para impedir que sean maltratados? En nuestro sentir ninguna.

Tercer medio, *estimular á los profesores á que inculquen á los alumnos el respeto debido á los seres naturales.* Pero ya hemos visto que estos no tienen derecho á semejante respeto: el filósofo, el moralista, no pueden secundar, *bajo este concepto*, la obra establecida en Cádiz.

¿Qué inferiremos de todo lo expuesto en el presente artículo? ¿Por ventura la reprobacion de dicha obra? No por cierto: basta que en ella se condenen actos de verdadera crueldad y barbarie, para que no la condenemos á ella. ¿La alabaremos? Bajo este punto de vista sí, por lo mismo que tiende á suavizar la aspereza del corazon humano; pero de ninguna manera en razon de los conceptos equivocados que hemos procurado rectificar. Alabaríamosla sin reserva, si la suavidad que aconseja para con los animales en particular, la derivase explícitamente de los principios de la Etica cristiana. Aun en este caso no produciria en nosotros gran entusiasmo; porque una vez reconocido que el buen trato que debemos dar á los animales, es la consecuencia y aplicacion de los deberes que tenemos con Dios y con nosotros mismos, la razon nos dice que lo que verdaderamente importa, es extender é inculcar las premisas: las conclusiones, ellas vendrán. Plántese bien el árbol, y cultívesele con exquisito esmero; que el buen árbol no dejará de dar oportunamente sus frutos: lo demás es andarse por las ramas.—JUAN MANUEL ORTI Y LARA.

Por último; á esta nueva impugnacion, dirigióse la siguiente réplica que ya *El Siglo Futuro* no quiso insertar, á pretexto de que la discusion iba tomando un sesgo extraño en cierto modo á la índole de un periódico político.

El público que guste de leer *El Siglo Futuro*, creará tal vez que esta Sociedad nada ha tenido que contestar á sus razones, ó al menos que, falta de celo, no se ha cuidado de se-



guir la polémica. Por eso hemos querido insertarla íntegra, y por cumplir además la oferta de ir coleccionando cuanto se ha dicho de mas notable contra nuestra naciente institucion, y cuanto han hecho por sostenerla sus entusiastas defensores.

He aquí ahora el artículo que realmente pone fin á esta particular discusion:

Muy señor mio: Doy á V. las gracias por el honor particular que acaba de otorgarme insertando mi modesto trabajo en el lugar preferente de su periódico, al par que la enhorabuena por la brillante disertacion con que lo acompaña, y cuyo reconocido mérito no negaré que pone miedo en mi pluma al contestarlo. Mas es el caso, que estoy en el deber de dar un soplo al magnífico castillo de naipes levantado por su ilustrada habilidad, no ya por lo que contradice mis opiniones particulares, sino por lo que pudiera dañar á la generosa y sabia *Asoçiacion Protectora* de que formo parte, y cuya defensa acaba V. de hacer carga pesada para mis débiles fuerzas. Por fortuna para mí, ha acumulado V. de tal manera toda la robustez de su ataque sobre el fundamento de su argumentacion, que me bastará atacar la base, para echar por tierra todo el edificio; y puesto que la idea del *respeto* es aquí el eje sobre que gira su discurso, veamos de demostrar los claros y numerosos títulos que tienen los seres inferiores, y la naturaleza entera, á nuestro *respeto*: más puedo decir, á nuestro amor: y uniendo ambas ideas, á nuestro *amoroso respeto*.

Acepto su esplicacion del *respeto*: implica realmente cierta idea de excelencia moral, que brota y pertenece de derecho á los seres personales, cuya lista V. inicia, y á ciertas cosas que no son seres, y que V. indica como de pasada y en las que precisamente quiero yo detenerme; porque en ellas cojo el hilo de una preciosa contradiccion: *respeto á la virtud, á la ciencia, á la autoridad, á la justicia, al arte, á la virtud, al amor, á la vida, á cosas que no son seres personales, sino propiedades altísimas, reveladoras de grandes excelencias, y de preciosos dotes y elevadísimos fines, que imprimen cierto sello augusto al objeto en que se ostentan y que envuelven claros derechos á nuestro amoroso respeto.*

Desde el anillo que me legó mi madre, al cementerio en que reposan sus cenizas, desde la primorosa obra de arte, á la erupcion volcánica espresion de la grandeza física, desde el humilde catecismo, á la Suma teológica del *doctor angélico*, desde la autoridad del patriarca bíblico, á la intrepidez del domador de fieras, desde el instinto de la dulce abeja, al acto heroico del martir cristiano y desde la misteriosa vida del tallo de yerba, hasta el magestuoso curso de los astros, todo es bello, grande, amable y respetabilísimo. Revelaciones elocuentes de ideas de alta excelencia que brotan acá y allá en bellecién-



dolo todo, enaltecéndolo todo, santificándolo todo y conduciéndolo al pensamiento, como por un portentoso hilo, hacia la idea de una alta unidad que abarca y preside este laberinto de variedad infinita.

Concretemos: no se puede decir *respetar al animal ni a la planta*, en el sentido de declarar su superioridad moral y absoluta sobre el hombre: sino en el concepto de respetar en él la vida, el fin, la ley, y el pensamiento que presidió en lo eterno á su creacion y sigue presidiendo en el tiempo á su destino terrestre. Y cuenta con que el *respeto* así entendido, léjos de postrar al hombre á los piés de la naturaleza inconsciente, lo realza y lo ennoblece; que nunca es mas grande el alma humana, que cuando por todas partes reconoce á Dios, y en todos los seres lo admira, lo ama y lo reverencia.

Me parece que hasta aquí estaremos conformes.

Insistiré sin embargo, para aclarar mi pensamiento.

Si el orden universal es divino, es evidente que debe ser *respetado*; y que este *respeto*, ni se desprende de un lamentable panteísmo, ni se hunde hasta los miserables límites de un culto supersticioso; sino que es un sentimiento moral y religioso, que debe ser defendido y enseñado á la conciencia, en armonia con la ciencia y con la moral juntamente.

Ahora bien; mi deber de honrar á los seres inferiores con un *amoroso respeto*, se desprende de la idea y del hecho de que viven conmigo en Dios, por Dios y bajo Dios: y que por tanto, son como yo, buenos y bellos en sí y en sus relaciones con los demás, como yo mismo, aunque en diferentes grados segun las especies. Si pues todos los seres se reparten y expresan el pensamiento creador y providencial de Dios en la tierra, si proclaman al *Ser* sólo y único, si manifiestan en varia y diversa medida la sabiduría y bondad de su Autor, y si es cierto que el amor de Dios por las criaturas impone (he aquí la fuente de este derecho) impone el amor de las criaturas á Dios y á todo lo que vive en Dios, es evidente que el hombre, único sér que comprende este orden admirable y este maravilloso concierto, debe amar y respetar á Dios en todo sér y á todo sér en Dios.

Esto me parece clarísimo, la razon lo acoge y el corazon se complace con tanta ternura. No hay sér que no sea bueno y útil: no hay ninguno que no exprese su grado de belleza en las armonías de la naturaleza; ni un sér siquiera deja de ostentar en proporcion sabia y adecuada el sello de su divino origen: es preciso, pues, honrarles con un *amoroso respeto*, y no separarles de su destino, si no queremos que el abuso nos haga injustos con la naturaleza é ingratos para con su Autor.

Resúmen: demos á cada cosa una estimacion, no egoista, sino dictada por la contemplacion del orden universal: *respetemos* la vida, la ley y el destino de cada ser, porque si todos estos no son *seres persona-*



tes, son elementos preciosísimos de esa admirable creacion, una, vária y armónica como toda obra de arte; verdadera, atinada y útil, como toda obra de ciencia; y buena, grande y santa, como todo acto divino.

Destruído el fondo de su argumento, me detendré un instante á combatir un detalle que tambien me parece equivocado. Me refiero á la idea de que el animal es un *simple medio é instrumento de nuestra utilidad, el cual no tiene mas derecho á mi respeto que el cuchillo con que el matador le dá muerte, á no ser desprendido del mango que lo sujeta.*

*Medio* es toda cosa, no considerada en sí misma y segun su valor propio, sino en cuanto es útil para conseguir un fin ulterior, reputado como bueno por el ser que la elige para instrumento.

Es indudable que todo ser es un *medio* para el bien; porque todo se halla en relacion con todo en la armonía general, y la realizacion de esta armonía es el fin de la vida para cada ser; mas al mismo tiempo, todo ser tiene su valor propio y es bueno en sí, al par que es útil. Asi pues, el hombre por ejemplo, es perfecto en su género, puesto que refleja la perfeccion divina, como creado á semejanza de Dios; y útil á los demas seres, como auxiliador de sus destinos, y cooperador con ellos, en diversos grados y formas, á la ejecucion del plan general de la creacion. A su vez, las plantas y los animales son bellos y buenos en sí mismos, y útiles á los demas como medios necesarios para los fines divinos. De aquí que todo esté ordenado para el derecho, y que, como el derecho mismo, todo sea un medio para el bien.

No pueden mirarse, pues, los seres inferiores como *medios* simples y esclusivamente del fin humano, puesto que no han sido creados sola y únicamente para el hombre; sino que á su vez tienen una parte propia, original é importante en el destino general de lo creado. Obsérvese que cada cosa fué hecha segun el tipo preconcebido por Dios, y que el Autor se halla por tanto, en cierto modo y grado, presente en la naturaleza como en la humanidad: á la manera que en un lenguaje admirable, hállase un pensamiento superior y universal en el que se embeben, ordenan y subordinan, los pensamientos individuales encerrados en cada palabra: y claro está que destruyendo el sentido particular de cada término, ha de alterarse y destruirse el concierto total del pensamiento superior expresado por el language.

Al valor relativo expresado en cada ser por su *utilidad*, hay que agregar el valor propio que representa su *dignidad*: y esta es el fundamento de sus derechos y de nuestros deberes de justicia y de moralidad para con ellos. Se puede, pues, tratar á los seres como *medios* para el bien general, puesto que son instrumentos ó condiciones respecto del conjunto: pero no se les puede tratar como si no fuesen mas que medios, puesto que independientemente de su utilidad, tienen su valor propio, que les hace amables y respetables.



Existe, por tanto, un derecho á nuestra consideracion en los seres inferiores, apoyado en las superiores leyes de la esencia, la forma, la vida, la belleza, la justicia, el bien, la unidad, la variedad y la armonía, que se ostentan por todas partes, y que refleja cada ser en su límite y grado, tomándolas de la esencia divina, que quiso sellar con ellas cuanto habria de dimanar de su inagotable fábrica.

Cabe, segun esto, estimacion hácia los seres inferiores, dentro del uso y las aplicaciones determinados por las exigencias morales del bien; pero es un ataque al derecho, una soberana injusticia y una lamentable inmoralidad, negarles los respetos y consideraciones que exige su propia dignidad como obras de Dios, y maltratarles con cierta vergonzosa crueldad y cierta repugnante tiranía.

Usemos, pues, de las cosas segun nuestras necesidades, para nuestro alimento, nuestra comodidad y nuestro provecho, puesto que tal es la disposicion natural de los seres sobre la tierra; mas lejos de abusar de nuestra superioridad y de turbar con nuestra libertad licenciosamente el orden universal, procuremos conciliar nuestro bien propio con el bien de todas ellas, concordar nuestra utilidad con su dignidad particular, y rendir siempre gracias á Dios por el doble favor que nos ha concedido dándonos el uso y prohibiéndonos el abuso.

Quedan en pié, mi apreciable señor, los tres propósitos de esta SOCIEDAD benéfica y sábia. A semejanza de lo que han defendido los sabios de los modernos tiempos, (porque no es lícito invocar autoridades de pueblos y siglos de rudeza y esclavitud, ni en pró ni en contra de ideas modernas y de conquistas de la civilizacion) y de lo que se halla establecido en las naciones mas cultas del mundo, pide esta SOCIEDAD: 1.º leyes protectoras de los animales y moralizadoras del hombre, que castiguen la crueldad y den mejor direccion al sentir comun de los hombres: 2.º premios para los actos de abnegacion y de generosidad, al par que de racional utilidad y sabio aprovechamiento de las cosas: y 3.º estímulos y ruegos, medios de ilustracion y de propaganda, para que la idea proteccionista entre á ocupar su lugar en la conciencia de los españoles, grabándola con sencillas máximas en el tierno corazon de los niños y procurándola un firme y poderoso cimiento en la inteligencia ilustrada del hombre.

Así entendida esta obra y así apreciado este fin, no dudo de que cabrá nuestra idea en el noble corazon é ilustrado entendimiento del Sr. Ortí y Lara, en el que desde luego espera esta SOCIEDAD hallar al fin un celoso amigo y un estusiasta defensor.



## ADJUDICACION DEL PREMIO DE LA

SRA. VIUDA DE DANIEL DOLLFUS, EN EL CONCURSO CONTRA  
LAS CORRIDAS DE TOROS.

En el salon de sesiones de la Sala Capitular del Exmo. Ayuntamiento, el 26 de diciembre de 1875, y á la una de la tarde, ante una concurrencia tan escogida como numerosa, y bajo la presidencia del Exmo. Sr. D. Francisco Flores Arenas, constituyéronse el Jurado calificador y la Junta Directiva de la SOCIEDAD PROTECTORA DE LOS ANIMALES Y LAS PLANTAS.

Abierta la sesion con unas breves palabras del Sr. Flores Arenas, y leído por el Secretario del interior de la SOCIEDAD el oficio en que el Jurado dió cuenta de su fallo, el Secretario de este, Sr. Franco de Terran, pronunció un bello discurso enalteciedo los altos fines de esta institucion, interpretando sabiamente la significacion del concurso y elogiando con marcada justicia el gran pensamiento y la suma generosidad de la ilustrada dama extranquera que lo ha promovido.

Acto continuo, el Sr. Presidente de la SOCIEDAD D. Juan Copieters leyó un escrito destinado á manifestar á dicha señora los sentimientos de afecto, respeto y gratitud que aquella le debe y profesa, así como á evocar la memoria del ilustre fundador del pensamiento proteccionista, D. Ambrosio Grimaldi, cuyo espíritu debe celebrar con júbilo los preciosos triunfos de esta SOCIEDAD, desde la mansion de los justos.

Terminado este trabajo, procedióse á la proclamacion pública de los autores premiados, revelando sus nombres D. Juan Copieters y adjudicándoles solemnemente el premio correspondiente el Exmo. Sr. D. Francisco Flores Arenas, en este orden:

*Premio* de 500 francos, concedido por la Sra. viuda de Daniel Dollfus, al Sr. D. Manuel Navarro y Murillo, autor de la Memoria que lleva por lema *El progreso es ley divina*.

Primer *accesit* de la SOCIEDAD, consistente en un diploma de honor y publicacion de la Memoria en el BOLETIN, al Sr. D. Fernando de Anton, cuyo lema dice: *Gutta cavat lapidem*.

Segundo *accesit* tambien de la SOCIEDAD y consistente en lo mismo, al Sr. D. Antonio Guerola, que lleva por lema: *La corrida del domingo fué muy buena, &c.*

Terminada la adjudicacion de los premios, un señor asistente pidió la palabra para dar las gracias al Jurado y á la SOCIEDAD, en nombre del Sr. Navarro y Murillo, y terminado su discurso, el Sr. Secretario general leyó un breve escrito en vindicacion de la misma SOCIEDAD, despues de lo cual el Sr. Presidente, con algunas palabras de cortesia, levantó la sesion, que el público selló y sancionó con un vivo aplauso.

Eran las tres en punto.

EL SECRETARIO GENERAL.